

LA GUERRA CARLISTA

Y subió al piso alto para despertar á Eladia.
La pobre niña sorda seguía durmiendo á pesar
del tumulto que alzaban aquellas cien boinas
rojas.



XIII

Se oyó la voz de la abuela y el canto de los gallos. Una moza soñolienta recorrió la cortina de estameña verde, que resguardaba el camastro donde la vieja descansaba con el gato á los pies. La Mai Cruz se incorporó en el cabezal, dando un suspiro:

—¡Ay, mis huesos, viejines!

Llamó á un soldado, sacando de entre las cobijas una mano consunta. El soldado se llegó al camastro, y la vieja, con un dedo, le apuntó

LA GUERRA CARLISTA

hacia el horno. No entendió el mozo lo que quería decir, y le gritó:

—¿Qué se ofrece, ama?

—Mutil, que abras el horno... Hijo, con los otros, como hermanos, te repartas el pan.

El soldado fué al horno y quitó la tapa, que era una losa de piedra con una cruz labrada en el centro. La abuela le acompañaba con los ojos, alzándose cuanto podía sobre la almohada, conmovida la cabeza por un temblor senil:

—Cuento que serán cinco los panes, hijo.

El soldado desnudó su cuchillo y repartió la borona caliente y dorada entre unos pocos que se le juntaron alrededor. Algunos la desmigajaban en las tazas llenas de chacolí, y les decía la Mai Cruz:

—Esas migas son buenas cuando es mosto... Y cuando salta á los ojos en el Enero... ¡Ay,

EL RESPLANDOR DE LA HOGUERA

había una olla con miel, pues este día se me acabó!... Poniéndolo á la lumbre, cómo tendríais para endulzarlo... No sé qué gato se come la miel... La moceta es nueva acá... ¡Ay, hijos, cómo tendríais para endulzarlo!... Puesto á la lumbre es cordial...

La Mai Cruz hablaba sonriendo como una niña, sin que nadie la atendiese. Los soldados se disponían para el camino, y era gran tumulto en la cocina. Miquelo Egoscué había disputado con el contrabandista para que llevase á las monjas en el carro, pues no era el paso tan difícil como encarecía aquel viejo apicarado. Cobijadas bajo el toldo, las monjas oían pacientemente los denuestos del contrabandista, que iba y venía al establo, sacando las mulas del tiro:

—¡Jol!... ¡Coronela!... ¡Espabila, Reparada!... ¡Si un rayo te partiese!...

LA GUERRA CARLISTA

La Madre Isabel llamó á un soldado enfermo para que fuese en el carro. Era un mozo de pocos años, con la frente vendada. Subió ayudado por las manos señóviles de la monja, mientras la niña le tenía el fusil con una sonrisa esforzada y asustada. La Josepa asomó de pronto, dando voces. Venía del pajar, donde había dormido:

—¡Borracho! ¡Borrachón! ¿Adónde te escondes, arrenegado?

El molinero de Arguiña la amenazó desde lejos:

—¡A trancar la boca, Josepa!

La mendiga entró por su niño, y luego llegóse al carro gimoteando:

—¿Adónde está mi Roque? ¿No han visto sus señorías á mi hombre?

Respondió severa la Madre Isabel:

—No lo hemos visto.

EL RESPLANDOR DE LA HOGUERA

—¡Tendrían una caridad para este hijo de mis entrañas!

Y levantaba al niño, que medía el aire con sus manos lechosas y arrugadas. Eladía le tomó en brazos:

—¡Está amoratado de frío!

Suspiró la mendiga:

—¡Pobres hijos!

Olia á vino y se restregaba los ojos con las dos manos: Llevaba una chaqueta de soldado atada por la cintura. La Madre Isabel la miró con lástima:

—¿Ha desaparecido Roquito?

—Sí, mi señora.

—¿Estará escondido?

—¡Por todas partes tengo mirado!...

—Acaso parezca cuando sepa lejos á la Madre Isabel.

LA GUERRA CARLISTA

Gimoteó la Josepa:

—No es la primera vez que se huye. Por veces éntrale ese ramo de locura.

—¡Lucha por salir de las garras del demonio!

La Josepa comenzó á rascarse la greña:

—No piense que vivimos como mal casados... Muy santamente... Andamos juntos por nos ayudar. Yo le guío en las veredas, cuando tiene que ir de una parte á la otra, porque no es nativo de acá. Sus señorías saben que no hablo mentira. Y él parte conmigo lo que tiene, y con el pequeño... ¡Resalado! ¡Lindo! ¡Valeroso! ¡Ligero!

Abría los brazos llamando á su hijo, que saltaba en el regazo de Eladia. Comenzaba á rodar el carro, y el contrabandista, al flanco del tiro, restallaba el látigo:

EL RESPLANDOR DE LA HOGUERA

—¡Jo!... ¡Coronela!... ¡Jo!... ¡Reparada!...

Murmuró brevemente la Madre Isabel:

—Hija, sube al carro.

La mendiga pestañeó con fuerza, se atirantó las puntas del pañuelo que llevaba á la cabeza, y subió. En la puerta de la venta estaba el capitán, jinete en la yegua del Rector de Astigar. Las cien boinas rojas se alineaban por el camino. Volvía á restallar el látigo del contrabandista:

—¡Jo!... ¡Centinela!... ¡Jo!... ¡Reparada!...

Aún no era día claro cuando abandonaron el camino real, internándose por los atajos del monte. Se les veía de lejos saltar por cuetos y vericuetos, dando alegres gritos, espantando á las cabras. El carro, con algunos hombres de escolta, seguía un camino de ruedas, entre cres-

LA GUERRA CARLISTA

tones de granito: Caminaba lentamente bajo el vuelo de los buitres y la amenaza de los grandes peñascos desarraigados del monte. Poco antes de la media tarde llegó á la villa de Urdax. En la plaza bailaban las mozas con los voluntarios carlistas, llegados mucho antes por los caminos de cabras, y en el balcón de su casona, tocaba la gaita un viejo que había sido cirujano en la primera guerra. Cuando vió aparecer el carro, bajó á la plaza y dió voces al contrabandista para que viniese á pararse bajo el porche de la casona. Después, quitándose la boina, se dirigió á la Madre Isabel:

—Por Miquelo ya tengo noticia de quién son ustedes, señoras mías. En mi casa harán penitencia por conspiradoras.

Tomó en volandas á la monja, que le alargaba una mano para bajar del carro, y luego hizo lo

EL RESPLANDOR DE LA HOGUERA

mismo con Eladia. La Madre Isabel le miraba sofocada y risueña:

—¡Muchas gracias!

—Son las que usted tiene. A una monja no se le debe decir eso, pero yo lo digo: ¡Y si se incomodan, peor!

La Madre Isabel reía llena de simpatía:

—No nos incomodamos, señor.

—Serafín Fornoza. Nada de señor. Aun cuando tengo la cabeza blanca, yo no soy viejo. De la edad de esta señorita.

Y quitándose la boina y haciendo una gran cortesía, saludó á Eladia. La pobre niña le respondió con su gesto triste y vago, lleno de cordialidad. Murmuró la monja:

—Es sordita.

—Le hablaré por señas como á una novia. ¡Ya podría ser que no me acordase!

LA GUERRA CARLISTA

Y moviendo muy deprisa los dedos, le alabó los ojos, comparándolos con los luceros. Eladía, poniéndose encendida y riendo, se lo contó á la Madre Isabel. Entraron en la casa, y las hijas del cirujano, siete señoritas lugareñas, se agolparon á la escalera para recibir las.



XIV

Aquella misma tarde, un aldeano trajo noticia de que estaba cerca la caballería republicana, y en seguida se reunieron en la plaza los voluntarios y algunos viejos de la villa, mal armados con escopetas antiguas. Una viuda que vivía al pie de la iglesia, y un niño, hijo suyo, tocaban á rebato las campanas. Se interrumpieron los bailes, desapareció la tranquilidad que reinaba, y todos se dispusieron para volver al monte. No era posible arriesgar un combate con la caballe-

LA GUERRA CARLISTA

ría republicana, pero tampoco querían huir al solo anuncio de que estaba cerca, sin esperarla en los riscos del camino real y derribar algún jinete. El aldeano que había traído la noticia, limpiándose el sudor, se bebía un tanque de sidra á la puerta de la casa rectoral:

—¡Chaquetos colorados! ¡Por cima de los trescientos, y...!

Miquelo Egoscúe decidió esperar hasta saber los movimientos de aquella tropa, que aún estaba á tres leguas de camino. En una sala grande, donde había una mesa de alas y un Cristo sobre la pared encalada, el cabecilla explicábale á Cara de Plata:

—Tengo algunas parejas apostadas en el camino, buenos tiradores que algo harán con sus disparos, al mismo tiempo de avisarnos. Con esta prevención es difícil que nos sorprenda el

EL RESPLANDOR DE LA HOGUERA

enemigo, porque estoy al cabo de sus movimientos y puedo burlarles.

Sentada en un sillón, bajo los pies del Cristo, estaba la monja. La guerra comenzaba á parecerle una agonía larga y triste, una mueca epiléptica y dolorosa. Aquellos campos encharcados, aquella nieve enlodada cubriendo los caminos, le producían una indefinible sensación de miedo y de frío: Era la misma sensación que experimentara otras veces al ver un entierro en medio de chubascos, y oír sobre la caja el hueco azotar de la lluvia. Había imaginado la guerra gloriosa y luminosa, llena con el trueno de los tambores y el claro canto de las cornetas. Una guerra animosa como un himno, donde las espadas fueran lenguas de fuego, y el cañón la voz de los montes. Deseaba llegar á la hoguera para quemarse en ella, y no sabía dónde estaba. Por todas par-

LA GUERRA CARLISTA

tes advertía el resplandor, pero no hallaba en ninguna aquella hoguera de lenguas de oro, sagrada como el fuego de un sacrificio:

—¡Que mi alma toda se consuma en la llama de tu amor, mi Señor Jesucristo!

Al caer la tarde se supo que la caballería republicana se había repartido por Elorza, Ergoy, Ayanz y San Pedro de Olaz. El molinero, que era segundo en la partida, trajo la noticia al cabecilla, que se volvió y dijo á los otros con su ingenua sencillez de guerrero antiguo:

—Ya no hay esperanza de que vengan.

Interrogó la Madre Isabel:

—¿Por qué, señor Miquelo?

—Porque tienen tanto miedo á correr por estos montes, que apenas oscurece se cierran en los pueblos, hasta que raya el sol.

Dijo Cara de Plata:

EL RESPLANDOR DE LA HOGUERA

—Según eso, la guerra se hace de día.

—Por parte de los guiris, que por la nuestra se hace á todas las horas, y más de noche que de día.

Comentó el viejo Fornoza:

—A los carlistas la oscuridad no les da miedo. Son lobos que conocen las madrigueras del monte, y lo corren de noche con toda seguridad.

La Madre Isabel insinuó con una leve sonrisa señorial y monjil:

—Pues yo creo que también atacan de noche los republicanos, como sucedió hace poco en Monreal.

Brillaron los ojos de Miquelo Egoscúe:

—¡Yo estuve allí! Es verdad que atacaron de noche, pero entonces escarmentaron. Nouvilas, su general, estuvo ya rodeado por los nuestros,

LA GUERRA CARLISTA

y les quitamos las escobas de los cañones... Ahora ya se acuestan con el sol, como las gallinas.

Volvió á sonar el tamboril en la plaza, y el cirujano salió al balcón con su gaita de grana. Comenzaron de nuevo los bailes y los relinchos guerreros del zorcico:

—¡Jujurujú! ¡Jujurujú!

Un corro de rapacines encendió una hoguera. Corrieron por las casas pidiendo á las viejas jara, y pinocha y paja del maíz. Agrupados en las puertas, salmodiaban su demanda como una lición en la escuela:

—¡May Mari! ¡May Juani! ¡May Rosa! ¿Hay un brazado para una hoguera!

Tornaban á la plaza con alegre tumulto, que tenía un eco en aquella sala lugareña, de muros encalados, donde el cabecilla y el segundón pa-

EL RESPLANDOR DE LA HOGUERA

seaban de testero á testero, en el gran silencio de la tarde, ante los ojos abstraídos de la monja, que permanecía con las manos en cruz sentada en el sillón de cuero, bajo los pies del Cristo. De tiempo en tiempo alguno de los hombres quedaba inmóvil delante del balcón, y esparcía los ojos mirando los bailes. En una de estas veces, el cabecilla vió venir á una mujer mendiga, que desde la plaza le llamó dando voces:

—¡Señor Capitán! ¡Señor Capitán!

Era Josepa la de Arguñña. El capitán salió al balcón:

—¿Qué hay?

—Diz que no vienen ya los negros. ¿Quieres tú, señoría, que me llegue adonde sea?... Manda que me pongan un pan en este cesto, y mañana tendrás noticias.

LA GUERRA CARLISTA

Miquelo Egoscué dejó vagar los ojos por los montes lejanos:

—¡Hay mucho camino!

Replicó la mendiga:

—Mandarías darme un pan y una gota de anisado para este hijo, que el mucho camino no hace.

Y levantaba hacia el balcón al niño, que parecía amortajado en unas horribles bayetas amarillas. Una vecina salió con un pan y un jarri-
llo verde. Murmuró el cabecilla:

—En derechura á San Pedro de Olaz.

Comentó la vecina:

—¡Cerca de las cuatro leguas!

Saltó la Josepa:

—¡Dios se lo premie, Mai Rosa! El mucho camino no hace. Zapatos de fierro rompiese yo por el Rey Don Carlos... ¡Y por ver en una

EL RESPLANDOR DE LA HOGUERA

horca á todos los negros, que me dejaron viuda, y pusieron á pedir por las puertas!

Advirtió brevemente el cabecilla:

—¡Ten cuidado que no te fusilen!

—¡No tendrán alma para ello! Si entrasen en sospecha, veinte palos pudiera ser que me mandasen dar...

Se puso al niño en una cadera, y engalló el cuello saludando. La monja, que habia salido al balcón, la vió partir cargada con el niño, y con el pan para el camino. Le pareció sentir una voz en el misterio interior y en la vaguedad del aire:

—¡Aprende tú, la senda de esos pies descalzos!

